

URBANIZACION Y SECTORES POPULARES: SANTIAGO DE CHILE, 1830-1875 *

LUIS ALBERTO ROMERO **

ABSTRACT

Luis Alberto Romero tries to establish the interrelations between the emergence and behavior of popular sectors and the process of urbanization in this period when important changes occurred among the different groups that composed them, mainly among artisans.

He finds that living conditions worsen for this strata, as a consequence of the rapid urban growth experienced and also in relative terms with reference to the evident improvement of the situation of the elite. The traditional unity existing in the old society is destroyed through an increase of social segregation within the city. He points out that this period seems crucial for explaining further conditions reached by the popular sectors in the country.

La relación entre los procesos de urbanización y los sectores populares es, en principio, obvia. Si las ciudades crecen, generalmente se debe a que se llenan de pobres. Son ellos los que ocupan todos los espacios físicos y sociales hasta hacerlos estallar, e inclusive quienes crean una ciudad nueva al lado de la vieja. Son ellos los sujetos y los objetos de los problemas de ocupación, de vivienda, de salud; son también la fuente de la mayoría de los conflictos sociales y políticos, y los activos reelaboradores de tradiciones culturales, propias o ajenas.

Alrededor de esta conflictiva relación entre ciudad y sectores populares puede trazarse una historia de las circunstancias objetivas. Puede estudiarse el mercado de trabajo y la forma de inserción en él de los nuevos habitantes urbanos, los problemas de desocupación o subocupación, o las características de asalariados o cuenta propia. Pueden precisarse y hasta cuantificarse ciertos problemas de la vida material: cantidad de personas por habitación, tasas de mortalidad, o agua potable disponible por habi-

* En este texto se adelantan algunas de las ideas generales de un trabajo más extenso sobre los sectores populares en Santiago de Chile en el siglo XIX. Una primera versión fue redactada durante una estadía en el Instituto Torcuato Di Tella, entre 1978 y 1979. Para ésta ya larga investigación he recibido el apoyo del Social Science Research Council y, en diversas ocasiones, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

** Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana, del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, PEHESA-CISEA.

tante. Puede descubrirse la organización de los sectores populares y sus formas de acción.

Hay otra historia aún, que pasa por las subjetividades, más difícil e inasible, pero no por eso menos necesaria. En una sociedad radicalmente escindida, como era la de Santiago o cualquier otra ciudad hispanoamericana a mediados del siglo pasado, esta historia tiene dos vertientes claramente diferentes: la de la sociedad establecida, de la "gente decente", y la de los sectores populares, los "rotos", en este caso. Esta última, particularmente esquiva para el historiador, tiene que ver, sin duda, con la laboriosa constitución de la identidad de los sectores subalternos, forjada con experiencias laborales y familiares, con otras relacionadas con la vivienda o la salud, con las formas de entretenerse, de luchar por sus reivindicaciones y derechos, de vivir y morir. Todo esto define a sus protagonistas, los moldea y transforma, y constituye la trama de una historia de lentas conformaciones, de largas transformaciones, de testimonios esfumados y silencios prolongados.

Hay ocasiones en que estos sectores populares emergen bruscamente y ocupan el escenario principal. Se trata, sobre todo, de coyunturas políticas definidas, originadas generalmente en una quiebra de los sectores que habitualmente son los protagonistas únicos de la vida política. En Santiago se los ve aparecer a fines de la década de 1820, durante los enfrentamientos entre pipiolo y pelucones y, con mayor nitidez, a mediados de siglo, durante la guerra civil de 1851, cuando se constituyó en Santiago la Sociedad de la Igualdad¹. Con caracteres bien diversos vuelven a emerger durante las importantes huelgas de la última década del siglo pasado y primera de éste; en aquéllas se manifestó un movimiento popular vigoroso que, aunque tenía su fuente en las organizaciones políticas y sindicales, no se agotaba en ellas como lo testimonian, por ejemplo, los incidentes callejeros de 1888, motivados por las tarifas de transporte. Se manifestó también en el amplio movimiento de apoyo al programa reformista de Alessandri en 1920. Ciertamente, las diferencias entre este pueblo y el de 1830 son abismales; entre ambos media, primordialmente, el desarrollo en Santiago de un proletariado industrial que, hacia principios de siglo, ya tiene un papel dominante en el complejo conjunto de los grupos que integran los sectores populares santiaguinos. Pero estos proletarios no surgen *ex nihilo* ni sus tradiciones sindicales y políticas son concebidas por los militantes y dirigentes. Por el contrario, nacen de aquel complejo, heterogéneo y mal conocido sector popular que dio vida a la ciudad de Santiago en el siglo pasado.

Este tema de los sectores populares en el siglo pasado ha sido escasamente estudiado y ni siquiera hay buenos estudios sobre la historia de la ciudad misma. Una excepción son los excelentes trabajos de Armando de Ramón, quien ha percibido, con singular agudeza, este proceso de emergencia de los sectores marginales y las reacciones que ello provocó en la *élite* decente². Entre los testimonios de época, el material cuanti-

¹ Véase mi trabajo *La Sociedad de la Igualdad. Los artesanos de Santiago de Chile y sus primeras experiencias políticas*, Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1978.

² Armando DE RAMÓN, "Suburbios y arrabales en un área metropolitana. El caso de Santiago de Chile, 1872-1932", en J. E. HARDOY y R. SCHAEDEL (comp.), *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Buenos Aires, SIAP, 1978. Idem, "Santiago de Chile, 1850-1900. Límites urbanos y segregación espacial", en: *Revista Paraguaya de Sociología*, n. 42-43, Asunción, 1978.

URBANIZACION Y SECTORES POPULARES

tativo no es muy abundante ³, pero el de tipo cualitativo es en cambio muy bueno. En primer lugar, muchos viajeros y memorialistas⁴; luego, una enorme cantidad de informes oficiales, tesis universitarias y obras afines ⁵. Finalmente, algunas obras literarias, aunque menos abundantes que las existentes para períodos posteriores y, sobre todo, los periódicos, inestimables para este tipo de inquisición. Debe destacarse el especial interés de algunos textos: los de Sarmiento, perspicaz observador de la sociedad santiaguina en la década del cuarenta ⁶; el del norteamericano completa radiografía de Santiago en 1850 ⁷; las novelas de Blest Gana, que suministran, además de información específica, una visión de conjunto aguda e inteligente de la sociedad santiaguina de mediados de siglo ⁸; la descripción de Chile de Recaredo S. Tornero, fuente de innumerables datos ⁹, y dos, entre muchas, obras de Vicuña Mackenna referidas a su acción como Intendente ¹⁰.

Como ocurre con cualquier estudio de los sectores populares, las fuentes dan cuenta en menor medida de su objeto que de quienes las escriben, de sus ideas y sus prejuicios, y en este sentido deben ser usadas con extrema precaución. Pero ello no las invalida. Precisamente en estas cuatro décadas que nos proponemos analizar se produce en Santiago la primera y definida etapa de la transformación de los sectores populares, de la disolución de su identidad tradicional de "rotos" y la constitución de otra nueva: los "trabajadores". Esto tiene que ver con las propias transformaciones de estos sectores, de su composición, condiciones de trabajo y de vida, con el peso relativo que unos u otros grupos tengan entre ellos. Pero igualmente importante es la visión que de ellos tienen los grupos decentes, pues las identidades sociales no existen en sí, sino en relación con otras, caracterizándose y definiéndose mutuamente. En tal sentido, una cierta imagen de los sectores populares, que cristaliza hacia 1875 y da origen a toda la problemática de la "cuestión social", terminó siendo un elemento constitutivo de su propia identidad. Nos ocuparemos

³ Existen Censos nacionales de Población para los años 1854, 1865 y 1875, aunque el primero de ellos sólo trae datos de Santiago integrados con los de la Provincia, y los restantes con el Departamento. *Los Anuarios estadísticos*, que se publican desde 1858, agregan la información año a año.

⁴ Entre otras, José ZAPIOLA, *Recuerdos de treinta años* (1870); Juan Javier GUZMÁN, *El chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país* (1834); Mary GRAHAM, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*; Eduard POEPPING, *Un testigo en la alborada de Chile* (c. 1830); Vicente PÉREZ ROSALES, *Recuerdos del Pasado*; Crescente ERRÁZURIZ, *Algo de lo que he visto*; Ramón SUBERCASEAUX, *Memorias de los ochenta años*; C.E. BLADH, *La República de Chile*; Alcides d'ORBIGNY, *Viaje a la América Meridional*, y otros muchos.

⁵ Los *Anales de la Universidad de Chile* recogen desde 1842 las tesis y memorias de prueba, referidas en muchos casos a temas sociales y de higiene.

⁶ Muchos de sus artículos periodísticos sobre Chile —en *El Progreso* y *La Crónica*, que dirigió— fueron reunidos por Narciso Binayán en el volumen *Chile. Descripción, viajes, costumbres, episodios* (Buenos Aires, Eudeba, 1961), aunque no incluye al más importante de ellos: "Santiago".

⁷ James H. GILLISS, *The U.S. Astronomical Expedition to Southern Hemisphere during the years 1849, 1850, 1851 and 1852*, Washington, 1855.

⁸ Principalmente *Martín Rivas* (1862), *El ideal de un calavera* (1863), y su obra de madurez *El loco Estero* (1909), en la que recuerda con notable precisión episodios de su infancia.

⁹ Recaredo S. TORNERO, *Chile Ilustrado*, 1872.

¹⁰ *La transformación de Santiago*, 1872 y *Un año en la Intendencia de Santiago*, 1873.

primero del crecimiento del marco urbano, luego de las cambiantes características de sus condiciones de vida y de las experiencias que surgen de ellas, tanto para sus protagonistas como para el resto de la sociedad. Finalmente, consideraremos en forma global cómo la sociedad veía a sus sectores populares.

CHILE Y SANTIAGO

Tanto Chile como su capital y los sectores populares que en ella habitaban sufrieron profundos cambios en las cuatro décadas y media que comprende este trabajo. En 1830 Chile acababa de dejar atrás el período de crisis posrevolucionaria e iniciaba una etapa caracterizada por el orden político y una expansión económica que, aunque con ciclos y fluctuaciones, cubrió todo el período, definiendo entre otras cosas el carácter burocrático y residencial de Santiago. 1875 corresponde al fin de la primera expansión, estimulada alternativamente por la minería y la agricultura, y a la antevíspera de la segunda y más importante, impulsada por la explotación salitrera; a los enormes beneficios que ella dejaba, se debió, en buena medida, la formidable expansión de Santiago en las últimas décadas del siglo pasado y la primera del actual, y la formación de un sector industrial de significativa dimensión. Entre ambos períodos, la crisis que cubre los años 1873-78, y que se resuelve con la Guerra del Pacífico y la anexión de las regiones salitreras, no sólo puso claramente en evidencia los aspectos negativos que el proceso había tenido para vastos sectores populares santiaguinos, sino que agudizó las tensiones sociales, cuyas manifestaciones explosivas fueron una de las características salientes de la etapa siguiente¹¹.

Santiago cambió considerablemente a lo largo de estas cuatro décadas y media y poco de la vieja ciudad colonial podía encontrarse en la señorial capital de los años setenta. Su población casi se duplicó y el dato es significativo, aunque hubo en Chile en esos años crecimientos mayores y, por otra parte, Santiago mismo habría de experimentar su mayor expansión en las décadas siguientes. El crecimiento fue alimentado, primordialmente, por las migraciones rurales, que se dirigían a una ciudad que, sin embargo, no podía ofrecer empleo a todos los que llegaban. Creció naturalmente la planta urbana, que desbordó los antiguos límites y se extendió por las tierras circunvecinas, aun cuando en 1875 no había llegado a absorber a ninguno de los pueblos vecinos que luego integrarían el área metropolitana. Se pobló densamente la Chimba y al oeste surgió Yungay, cuyo desarrollo, sin embargo, no mantuvo su brío inicial. La ciudad creció poco hacia el este y se extendió considerablemente hacia el sur, primero en las vecindades del Canal San Miguel y luego junto al distante Zanjón de la Aguada, donde se asentaron los miserables rancheríos que causaban horror a los decentes. Vicuña Mackenna dejó una vívida descripción de este arrabal: "Se ha edificado en toda el área un inmenso aduar africano en el que el rancho inmundo ha reemplazado la ventilada tienda de los bárbaros, y de allí ha resultado que esa parte de la población, el más

¹¹ Las principales obras generales sobre el desarrollo económico-social de Chile son: Julio C. JOBET, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, 1959; Luis VITALE, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, 1967-71; el brillante artículo de Claudio VÉLIZ, "La mesa de tres patas" (1963); Carmen CARIOLA y Osvaldo SUNKEL "Chile, ensayo de interpretación", en: R. CORTÉS CONDE y S. STEIN, *Latin America. A Guide to Economic History*, 1977; Arnold BAUER, *Chilean Rural Society*, 1975; Oscar ALVAREZ ANDREWS, *Historia del desarrollo industrial de Chile*, 1933.

considerable de nuestros barrios, situado a barlovento de la ciudad, sea sólo una inmensa cloaca de infección y de vicio, de peste y de crimen, un verdadero 'potrero de la muerte', como se lo ha llamado con propiedad" ¹². No muy lejos, al suroeste de la ciudad, surgió en cambio un elegante barrio residencial ¹³ La distribución de la población reflejó estos cambios. En la zona central, la más antigua (parroquia del Sagrario y de Santa Ana), no sólo no se incrementó la población sino que, en algún caso, se registró una pérdida, por lo que su importancia, dentro de la población capitalina, decreció, disminuyendo de un tercio a menos de la quinta parte. Mientras los suburbios de la Chimba y de Yungay crecieron aproximadamente al mismo ritmo que la ciudad, los barrios del sur, en cambio, experimentaron una fuerte expansión en términos absolutos y relativos. Las 36.000 personas que agrupaban en 1854 las parroquias de San Isidro y San Lázaro casi se habían duplicado veinte años después, llegando a representar cerca de la mitad de la población total de la ciudad ¹⁴.

Pese a estas cercanías, claramente se advertía hacia 1875 que la vieja capital colonial se había desdoblado en dos ciudades; en palabras de Vicuña Mackenna "Santiago es, por su topografía, según ya dijimos, una especie de ciudad doble que tiene, como Pekín, un distrito pacífico y laborioso y otro brutal, desmoralizado y feroz". En el primero, las mansiones de estilo francés, italiano o morisco reemplazaron a las viejas casonas coloniales, y la fantasía de los arquitectos se aplicó inclusive a edificios públicos, teatros o hasta el novísimo Mercado de Abastos. Las calles se pavimentaron e iluminaron y, aunque no pudo resolverse el problema de las acequias, se instaló en cambio el agua corriente. Tranvías a caballo y coches de alquiler facilitaban las comunicaciones y hermosos paseos —como el Parque Cousiño, el cerro Santa Lucía o la remozada Alameda— daban a la ciudad "propia" un aristocrático aire parisino que deslumbró al cónsul Rumbold. Este quedó asombrado de "las largas y tranquilas calles", flanqueadas por residencias que recordaban a las parisinas; la "aparición somnolenta", apenas animada por el rodar de elegantes carruajes, las cuidadosas veredas, por donde transitaban elegantes mujeres, la concentración del comercio en algunas calles del centro y, sobre todo, "la ausencia de grandes muchedumbres". Se preguntaba, sorprendido, si no estaría en "el lugar de residencia de una corte ilusionada y tranquila, ortodoxa y amante del lujo, antes que (en) el centro de un pequeño estado democrático, agitado y laborioso" ¹⁵.

No demasiado lejos del centro, los suburbios crecieron desordenadamente, olvidados por los reformistas administradores. Sin pavimentos, casi sin transportes, usando las pestíferas aguas del Canal San Miguel para beber, los habitantes de estos barrios periféricos debieron vivir en los sórdidos cuartos redondos o en las pequeñas habitaciones de los modernos conventillos. Esta ciudad popular aún estaba enclavada en la ciudad señorial y a pocas cuadras de la Plaza de Armas podían advertirse las rancherías de Portales o del Campamento. Precisamente la acción de Vicuña Mackenna estuvo orientada a deslindar sistemáticamente lo que él llamaba "esa suerte de Cairo infecto" de "la ciudad ilustrada, opulenta y cristiana".

¹² B. VICUÑA MACKENNA, *La transformación de Santiago*.

¹³ Véanse los mapas incluidos en los libros de John Miers (1820) y Claudio Gay (1831), así como el de mediados de siglo, incluido por Gilliss. También el *Plano de Santiago de Chile* levantado en 1875 por Ernesto Ansart.

¹⁴ Cf. Los datos parroquiales incluidos en los censos citados.

¹⁵ HORACE RUMBOLD, *Le Chili*, 1877.

Los sectores populares

Una mirada superficial no descubre grandes cambios en la composición de los sectores populares santiaguinos a lo largo de este período. Al principio y al final predominan en ellos los artesanos, los sirvientes y esa masa genéricamente denominada los *rotos*. Según los datos consignados en el Censo de 1875 para el departamento de Santiago (que incluye a la ciudad, algunos pequeños pueblos y la zona rural circundante), sobre unas 78.000 personas ocupadas había unos 21.000 artesanos, 20.000 domésticos (de los cuales 16.800 eran mujeres), 7.000 agricultores y 14.000 gañanes, repartiéndose el resto entre personas vinculadas con el comercio, otros servicios y profesionales liberales.

Pero el crecimiento de la ciudad y el desarrollo de algunas funciones en detrimento de otras determinaron cambios profundos en la composición interna de cada uno de estos sectores y en su comportamiento. Ciertamente, los cambios más importantes habrían de sobrevivir luego de 1875, cuando el sector de obreros industriales adquiriera una posición de creciente importancia; pero aún así, la fisonomía de los sectores populares ya se había modificado sensiblemente.

Los mayores cambios se produjeron en el artesanado. La demanda creciente, y crecientemente sofisticada, de la *élite* decente que residía en Santiago, unida a la llegada de artesanos extranjeros, estimuló la expansión del sector más calificado, capaz de ofrecer, por ejemplo, calzado fino, cerveza o carruajes. En unos casos se trató de la aparición de oficios enteramente nuevos, como el de estucador; en otros, hubo una suerte de corte dentro de viejos oficios y se desarrolló dentro de ellos un sector moderno. Esto no significó, sin embargo, que el viejo artesanado decayera, salvo en ciertos casos, como el de las tejedoras domésticas; por el contrario, su estabilidad revela que, en menor medida quizá, participó de la prosperidad urbana general. Junto con los talleres tradicionales, un reducido número de establecimientos más grandes, pequeñas industrias ya, anunciaba la tendencia que se desarrollaría en las décadas finales del siglo pasado.

Es posible establecer, entre los artesanos, ciertas distinciones en relación con la independencia de su actividad. Hay un grupo, alrededor de 600 ó 700, que posee talleres en los que otros artesanos trabajan a sus órdenes, y en los que además se venden los productos, por lo que estos talleres-tiendas están ubicados preferentemente en la zona céntrica. Hacia 1875 es posible percibir entre ellos un estrato superior, cuyos establecimientos pueden ser considerados ya pequeñas fábricas. El grueso, sin embargo, está formado por carpinteros, herreros, zapateros, talabarteros y otros, universo del cual salieron, en 1850, los militantes de la Sociedad de la Igualdad.

El grupo más numeroso está formado por los pequeños artesanos independientes y por los oficiales dependientes de talleres o tiendas. Los primeros trabajan en sus domicilios, con ayuda de algún familiar o dependiente, y comercializan su producción directamente en las calles o plazas, como los zapateros de la Plaza de la Compañía. Conflictos, pequeños o grandes, pero permanentes, los separan de los jefes de taller y dueños de tiendas, que aspiran a desalojarlos y alientan las políticas municipales de ordenamiento de la vía pública. Entre los oficiales y dependientes se distinguen los que trabajan en talleres mayores o fábricas —sin perder, sin embargo, su individualidad y oficio específico— de los que trabajan para tiendas —principalmente sastres y costureras— recibiendo las materias primas y entregando semanalmente la producción. Ambos constituyen los grupos más "levantiscos y amigos de coaliciones". Por debajo de los arte-

sanos y en relación con los talleres de mayor dimensión, se empieza a hablar de obreros o peones, sin especificar el oficio y asociados con una cierta inestabilidad en el empleo.

La presencia de una *elite* próspera y gastadora estimuló también el desarrollo de diversos servicios que, en algunos casos, atrajeron a un número de gente suficiente para estimular nuevas demandas. Dejando de lado lo que no corresponde a los sectores populares —como las profesiones Liberales la educación y demás— hubo un importante crecimiento del comercio —pese a que en ese aspecto Santiago estuvo siempre por detrás de Valparaíso— y consecuentemente de pequeños comerciantes y empleados de estas actividades o de las administrativas y financieras anexas; en aquéllas también incidió el desarrollo de una burocracia estatal relativamente importante. Más significativo desde el punto de vista numérico fue el crecimiento de los niveles más bajos de los servicios: mercachifles y vendedores ambulantes ocasionales —un sector vastísimo cuyos límites respecto del extenso e indiferenciado sector de los *gañanes* es difícil de establecer—; cocheros —en un período en el que se desarrolló el transporte público y también el uso familiar de carruajes—, y policías, cuyo número se multiplicó con la extensión que, desde tiempos de Portales, tuvo el sistema de seguridad. Finalmente, el servicio doméstico, nutrido principalmente también de inmigrantes rurales, seguía representando una elevada proporción de los sectores populares, lo que indica que la estructura ocupacional santiaguina conservaba hacia 1875 sus rasgos tradicionales y ocupaba a buena parte de sus trabajadores potenciales en actividades no productivas.

Constituían la masa de la población urbana los llamados *gañanes*, categoría en la que la dificultad para deslindar lo urbano de lo rural se relaciona no sólo con la heterogeneidad de los datos —los Censos no discriminan entre ambos sectores— sino, sobre todo, con la inestabilidad locacional y ocupacional del sector. Nutrido directamente de los migrantes rurales, salían de él los vendedores ambulantes, los domésticos, los jornaleros y demás trabajadores no especializados; también se encuentran entre ellos la mayoría de los desocupados o subocupados y ese sector de límites indefinidos que ronda entre las formas de vida legales e ilegales. Constituye, pues, la ancha base de los sectores populares.

No es fácil integrar en un cuadro único la descripción de los sectores populares santiaguinos, hecha desde el punto de vista de sus ocupaciones. La base de la pirámide, muy ancha, incluye a un extenso sector, genéricamente conocido como los rotos. De él salen quienes desempeñan las profesiones no calificadas e inestables: peones, servicio doméstico, vendedores ambulantes, cocheros, policías. También salen aquellos que integran los sectores marginales: prostitutas, ladrones, mendigos y demás. Por encima de este sector se abre una ancha brecha que separa a éstos de quienes desempeñan tareas permanentes y calificadas y, además, poseen un modo de vida más estable y organizado. Existe una diferencia, menos marcada, entre la masa de los artesanos independientes o de los baratilleros, y los "artesanos y bodegoneros", que se advierte en el modo de vida más modesto de los primeros y en el menor giro de su actividad (que incluye la falta de dependientes). La movilidad de uno a otro de los grandes estratos no es frecuente ni fácil; en cambio, no hay brecha entre el "bajo pueblo" y los grupos marginales; no existe un mundo marginal permanente, y es fácil la entrada y salida de él. Para un roto recién llegado a la ciudad es posible hacer una carrera modesta y llegar, por ejemplo, a vendedor ambulante. Saltar al nivel superior es difícil, aunque probablemente el desarrollo de la enseñanza técnica haya contribuido en algo a ello, abriendo posibilidades para entrar en el artesanado; para los ahorrativos, en cambio, era

posible acumular lo suficiente para abrir un despacho de bebidas o una modesta esquiná, punto de partida de una pequeña carrera comercial.

Condiciones de vida

Es difícil comparar las condiciones de vida de los integrantes de los sectores populares respecto de las de esos mismos individuos antes de emigrar a la ciudad. Es probable que el contraste no sea muy marcado. No obstante, si se comparan las condiciones de vida de los habitantes de la ciudad, parece seguro que éstas empeoraron como consecuencia del rápido crecimiento urbano y de sus habituales efectos, tanto sobre las condiciones materiales de vida como sobre la conducta. También parece seguro que empeoraron en términos relativos debido a la manifiesta transformación de los modos de vida de los decentes, abriéndose también en este campo una ancha brecha entre ambos sectores de la sociedad. La alimentación no parece haber sido escasa —al menos no se mencionan problemas de hambre—, pero sí mal balanceada, de modo que la mala nutrición fue habitual; sus efectos se agravaron con el notable desarrollo del alcoholismo, problema tradicional de Chile acentuado por la situación de desorganización de los recién llegados a la ciudad. Sus efectos se manifestaron tanto sobre la salud como sobre la conducta. Algo similar ocurrió con la vivienda y con la proliferación de los cuartos redondos y conventillos. Los primeros proliferaron a medida que creció la ciudad, desde la década del cuarenta. En 1843 el Intendente, preocupado por la magnitud del problema, prohibió "habitar todo cuarto a la calle que no tenga una ventana, cuanto menos de una vara y cuarto de alto y una vara de ancho". Comentando la medida, Sarmiento señalaba la importancia de la circulación de aire en las viviendas y apuntaba: "la gran masa de la población tiene, desgraciadamente, costumbres de desaseo y abandono, que parecen incurables. Un cuarto redondo no cede en infección a un sepulcro por la aglomeración de individuos, la confección de la comida, el lavado de la ropa, el depósito de excrementos y bazofias"; concluía destacando la magnitud que el problema tenía ya en 1844: "cuartos redondos habitan los tres quintos de los habitantes de la capital"¹⁶.

El problema, que derivaba del acelerado crecimiento urbano, se agudizó en las décadas siguientes y tuvo consecuencias sobre la salud y la salubridad, y también sobre la conducta individual y la organización familiar. Por otra parte, el alquiler de ranchos, cuartos y conventillos y aun los terrenos para que cada uno levantara lo que mejor pudiera, constituyeron un negocio importante, como lo prueban las insospechadas resistencias que encontró el Intendente Vicuña Mackenna cuando trató de desalojar los lugares más congestionados. Hacia el fin de nuestro período, Zorobabel Rodríguez señala que los aumentos de costos afectaban también a los alquileres, deteriorando aún más la situación de los pobres: "ya es difícil obtener por un peso cincuenta mensuales los ranchos más miserables, que no hace diez años se obtenían por cincuenta centavos"¹⁷.

Llama la atención la persistencia de enfermedades como la tisis o la sífilis, prácticamente ignorada ésta hasta 1857, cuando un profesor universitario le dedicó una tesis; desde entonces, en el medio académico, primero y en la opinión pública después, la sífilis y los problemas sociales que implicaban se convirtieron en temas dominantes. Paralelamente conmovieron las epidemias de viruela, que fueron haciéndose más frecuentes, hasta los grandes brotes de 1872 y 1876. La epidemia se propagó por toda

¹⁶ D. F. SARMIENTO, "Mataderos", en: *Obras Completas*, X, Santiago, 1887.

¹⁷ Zorobabel RODRÍGUEZ, *La mortalidad de los pobres en Santiago*, 1876.

la ciudad, pero prendió espectacularmente entre los sectores populares, por el hacinamiento que facilita el contagio, y por la resistencia de éstos a la vacunación y a otras medidas sanitarias.

Frente a estas situaciones, resulta evidente no sólo que el equipamiento sanitario es insuficiente y que poco se hace para mejorarlo, sino que la misma deficiencia de los servicios urbanos en los barrios populares —desagües, recolección de basura, provisión de agua y demás— contribuyen a agravar los efectos de la peste. Los mismos factores inciden, de diverso modo, sobre la vida familiar, caracterizada por una desorganización e inestabilidad que, aunque constitutiva de los grupos rurales antes de su migración a la ciudad, se acentuó a su paso a ésta. La ilegitimidad (aunque menor que la indicada por las estadísticas, que no computan a las uniones estables no legitimadas), fue muy alta. "La vida en el rancho —escribió Augusto Orrego Luco— ha convertido a la filiación en un problema casi insoluble"¹⁸. Esta transitoriedad, unida a las dificultades materiales de la vida, provocó una alta proporción de abandonos —testimoniada por el permanente desborde en la capacidad de la Casa de Huérfanos— y probablemente una alta proporción de infanticidios —así lo insinúa Santiago Lindsay en su Introducción al Censo de 1865—, mecanismos éstos con los que los sectores populares restablecían una suerte de equilibrio biológico. Estos problemas confluían en la altísima mortalidad infantil —un 60% antes del primer año de vida—, tema éste que, de algún modo, sintetizó en la época las terribles condiciones materiales y morales de los sectores populares. Zorobabel Rodríguez, economista y político católico, que estudió el caso de un jornalero de la construcción, que en nueve años de casado perdió siete hijos, sintetizó así sus conclusiones: "un pobre no puede fundar una familia. Está condenado a que sus hijos mueran"¹⁹.

LOS SECTORES POPULARES Y LA SOCIEDAD URBANA

Tan importantes como los cambios en la composición y condiciones de vida de los sectores populares en sí fueron las transformaciones en la relación entre estos sectores y los decentes. La sociedad tradicional, heredera de la vieja sociedad colonial y apenas alterada en su estructura global por los cambios posrevolucionarios, era una sociedad escindida e integrada. Escindida en tanto estaba compuesta básicamente por dos sectores, claramente diferenciados y separados entre sí por una ancha brecha, muy difícil de superar. Rotos y decentes podían distinguirse, en principio por los ingresos, pero también por el prestigio, las formas de vida, la educación. A menudo, una vida familiar ordenada, una forma de hablar o de vestir, o el emplear servicio doméstico (aun siendo muy pobres), eran indicadores más precisos de estas diferencias que la fortuna poseída. Integrada, en tanto, ambos sectores se reconocían como pertenecientes a un mismo ámbito, a un universo común, en el cual podían vivir juntos y aun mezclados, pero no por eso confundidos. Era, en primer lugar, un ámbito físico, en el que decentes y populares vivían entremezclados, codo con codo, casa con casa; pero era también un ámbito de convivencia, en el que cada uno reconocía la condición y funciones del otro y en el que había múltiples circunstancias para realizar actividades en común y, principalmente, las vinculadas con el esparcimiento: chinganas, riñas de gallos

¹⁸ Augusto ORREGO LUCO, *La cuestión social en Chile*, 1884.

¹⁹ Z. RODRÍGUEZ, ob. cit.

y, sobre todo, fiestas. Estas, en las que siguiendo la tradición hispana, las diferencias se olvidaban, por una noche, funcionaban como válvula de escape de una sociedad que, rápidamente, volvía a su rígida estratificación. Con una notable capacidad para los contrastes dramáticos, Sarmiento expresaba esta situación al describir una fiesta de Nochebuena en 1841: "los futres y los chatres, las maritornes y las sílfides, el poncho y el frac, la aristocracia y el pueblo, todo estaba allí, unos buscando flores, otros buscando pañuelos, y unos y otros revueltos, confundidos y estrujados"²⁰.

Esta situación se modificó en parte por el moderado ascenso de los grupos más prósperos de los sectores populares. Los "honrados artesanos", especialmente los extranjeros, pudieron superar la *capitis diminutio* del trabajo manual y realizar modestas, pero sólidas carreras al cabo de las cuales se habían convertido en "empresarios" o "industriales" (así se denomina a algunos de ellos, por primera vez, en el Censo de 1875). A ello contribuía el que la prosperidad material estuviera acompañada de una vida ordenada, lejos de las chinganas, un consecuente hábito de ahorro y un afán de instrucción que se adivinaba en artesanos y bodegoneros que leían periódicos, asistían a las clases de la Sociedad de la Igualdad o, posteriormente, de las mutuales. Pero también ayudaba el adoptar la apariencia de los decentes, como descubrió asombrado a mediados de siglo el norteamericano Gilliss (a quien la situación, tan frecuente en su país, no debió sorprenderlo tanto): "Hay un deseo de orden y aseo en su vida doméstica. Pero en público, su pasión es la ropa refinada, y un extranjero escasamente sospechará que el hombre que encuentra con su capa fina de tela, acompañando a una dama envuelta en joyas y pieles, ocupa en la escala social un rango no más alto que un hojalatero, carpintero o tendero... Harán cualquier cosa para obtener ropas finas, y muebles finos, o ir al teatro en días de fiesta"²¹.

Pero aún estos casos eran excepcionales; la brecha era profunda y en realidad el grueso de ese reducido y peculiar sector intermedio calificado como de "medio pelo" estaba integrado por sectores decentes venidos a menos antes que por artesanos o pequeños comerciantes en ascenso.

También modificó esta situación la creciente toma de conciencia del sector de los trabajadores especializados —artesanos y obreros— que constituían la capa superior de los sectores populares. El episodio de la Sociedad de la Igualdad reveló la existencia de un grupo, reducido, pero eficaz, de artesanos conscientes que, en Santiago y en otras ciudades, animó las luchas políticas de 1851 y 1859. Si esta primera experiencia tuvo un contenido predominantemente político (es difícil rastrear en ella la presencia de conflictos específicamente económicos) en los años siguientes esta tendencia tomó otros rumbos: el mutualismo primero (relacionado con la aparición de sociedades extranjeras de socorros mutuos) y en los últimos años las huelgas, fenómeno novedoso sobre el que los datos no son abundantes, pero que revela el comienzo de una tendencia que hará eclosión en los años siguientes. El progresivo abandono en el lenguaje de los decentes de denominaciones tales como "la chusma" o "el populacho" y su reemplazo por términos más modernos como "las clases trabajadoras" o "nuestro proletariado" revelan la percepción de la importancia de estas nuevas orientaciones.

Sin embargo, la masa popular, separada a su vez de estos grupos por otra brecha profunda, no sólo no se integró más, sino que experimentó una

²⁰ SARMIENTO, *Fiesta de Nochebuena*, 1841.

²¹ GILLISS, Ob.cit.

creciente segregación que rompió la unidad de la vieja sociedad tradicional. Sacarlos de las calles, de la Alameda o de la Pampina, erradicar los ranchos de los lugares más céntricos, como hizo Vicuña Mackenna, o aún aislar la ciudad mediante una barrera como pretendía ser, en cierto modo, el Camino de Cintura, son expresiones de esta segregación que acompañó a un creciente distanciamiento en las formas de vida: ya no hubo más coincidencia en entretenimientos o en fiestas, ya no hubo más similitud en comidas o en bailes, crecientemente europeizados para unos, firmemente criollos para los otros. A las formas de vida claramente distintas acompañó, en otros campos, la objetivación de las relaciones laborales, que testimoniaba con claridad la ruptura de los lazos que unían a decentes y plebeyos. Esta objetivación, tan clara entre artesanos y obreros, alcanzaba incluso a sectores tradicionalmente sometidos, como los domésticos. No sólo comienzan a registrarse testimonios acerca de las "chinitas presumidas" que pretenden imitar a las señoras, sino que se alzan voces preocupadas por la inestabilidad de los domésticos y con los peligros que ello entrañaba para la propiedad. "¿Quiénes serán sus perpetradores —se preguntaba *El Progreso* en 1842, refiriéndose a los numerosos robos que se producían— que esa horda de holgazanes que, bajo el nombre de criados, entran a servir un día y salen al otro?". Detrás de estos testimonios, ciertamente parciales, y altamente subjetivos, se adivina un cierto cambio en las relaciones sociales, por el que el antiguo criado dejaba lugar al empleado doméstico.

Un indicador de esta sostenida segregación de la masa popular, alejada físicamente, fue la generación entre ella de un sector "peligroso". No se pertenecía a él en forma estable; antes bien, los avatares de la vida ciudadana transformaban a los rotos en mendigos o rateros, y en prostitutas a las mujeres. No era ya el mundo marginal, contracara del que en las sociedades tradicionales constituyen decentes y trabajadores, sino uno nuevo, estrechamente ligado al mundo del trabajo, cuya magnitud creciente, y su presencia cada vez más amenazante en la ciudad, preocupó y asustó a los decentes.

LOS DECENTES: CONCIENCIA Y ACTITUDES

Todo el cuadro de los sectores populares, sorpresivamente extraños, preocupó a quienes lo observaban del otro lado de la brecha; la palabra "desmoralización" resumió por entonces lo que veían: casas miserables, familias inestables, alcoholismo, vagancia, raterías, prostitución. No pudieron ignorarlos. Las epidemias de viruela de 1872 y 1874, que afectaron a toda la ciudad, pusieron en evidencia que esa "cloaca infecta" que eran los barrios populares podía llegar a afectar la vida de los decentes. En otros aspectos, el alza de los salarios de los trabajadores urbanos —causada en los años iniciales de la década del setenta por una serie de factores ocasionales— suscitó tales preocupaciones que se habló no sólo de obligar a trabajar a los mendigos sino, inclusive, de fomentar la inmigración para aumentar aún más la masa desocupada que hasta entonces había asegurado la provisión de mano de obra barata. Las primeras huelgas, finalmente, frente a las cuales la respuesta espontánea fue la reacción frontal, ahondó la preocupación por el peligro que representaba la presencia cercana de un protagonista que habla dejado de ser el conocido pueblo para convertirse en un extraño y temible vecino.

Las reacciones fueron variadas. Unos optaron por reprimir las huelgas, por alejar y aislar a los pobres, por encubrir los aspectos más evidentes de su degradación. Otros creyeron que la solución pasaba por el progreso

de los sectores populares, o por lo menos de parte de ellos. En las décadas de 1840 y 1850 los artesanos fueron los destinatarios de este interés: se estimuló a la enseñanza técnica y, con ello, una cierta educación moral. También el ahorro, pues a muchos pareció necesario "interesar a las masas en la conservación del orden, ligándolas ya por medio de la propiedad, ya por medio de una pequeña fortuna" ²². En las décadas siguientes esta preocupación se extendió a las capas más desmoralizadas, a las que se esperaba moralizar precisamente mediante la educación, la beneficencia y la que podía llamarse la seguridad social. Tales fueron las intenciones de las Cajas de Ahorro popular y Montepíos, de la Sociedad de San Vicente de Paul y de muchas otras. Esta actitud está expresada en muchos textos de Marcial González, fértil en ideas, y particularmente en aquel titulado *La moral del pobre*; allí aconseja a los patrones no castigar a sus trabajadores, educarlos, enseñarles las ventajas de la salubridad y, sobre todo, del ahorro. Sus consignas eran "guerra a la chingana y al San Lunes, amor al trabajo y al ahorro". No obstante, González como muchos otros entonces eran escépticos acerca de los resultados y confiaba más, a la larga, en la inmigración extranjera ²³. La crisis de 1875 puso en evidencia el deterioro de las condiciones de los sectores populares y la ciudad asistió a sus primeras manifestaciones de protesta. El deterioro siguió acentuándose en las tres o cuatro décadas siguientes —en realidad, fue uno de los temas del reformismo de Alessandri— pese a que en lo inmediato el ciclo salitrero inició una ola de prosperidad. Pese a desarrollarse como enclave, el salitre estimuló diversas actividades en Santiago: los servicios, el comercio, la burocracia y sobre todo una incipiente actividad industrial. Con ella comenzó a definirse el perfil del cambio interno de los sectores populares, entre quienes los obreros comenzaron a tener un peso cada vez mayor. Su presencia modificó las formas de organización y de acción; la protesta, aunque conservó sus características populares, como en los episodios de 1888, comenzó a girar cada vez más en torno de los sindicatos. Del viejo pueblo santiaguino surgieron los modernos trabajadores, y la sociedad urbana entró en la faz contemporánea de su historia.

²² *El Comercio de Valparaíso*, febrero de 1851.

²³ Marcial GONZÁLEZ, *La moral del pobre*, 1877